

Entrevista al Dr. Gregorio Weinberg*

Interview to Dr. Gregorio Weinberg

Alicia Segal**

Alicia Segal [A.S.]: **–Considero que la mejor presentación son las palabras que acaba de decirme el Dr. Gregorio Weinberg: “Yo no creo en los curriculum, creo en la gente”. En nombre del Licenciado Marcelo Lobosco, Director de la Asociación Olimpíada Argentina de Filosofía, y el Ciclo Básico Común de la Universidad de Buenos Aires, damos la bienvenida a nuestro prestigioso entrevistado. Tenemos el enorme placer de contar con el Dr. Weinberg, quien, entre tantas ocupaciones, es Presidente Honorario de nuestra Olimpíada de Filosofía, desde su origen. Como vamos a intentar una conversación de tipo informal, nos permitimos preguntarle: ¿por qué recibió un premio a la trayectoria en la Feria Internacional del Libro en nuestra ciudad?**

Gregorio Weinberg [G.W.]: –Muchas gracias. Buenos días. La pregunta sobre la trayectoria de mi actividad editorial creo que nos permite abarcar una cantidad de temas bastante complejos, variados y heterogéneos. Yo no tengo ningún inconveniente en que me interrumpen. Mi historia es la siguiente: prácticamente el primer libro que yo publiqué fue en 1946. Vale decir que hace sesenta años que estoy dedicado a la docencia y a la actividad editorial. Durante esos sesenta años hemos intentado siempre publicar libros que contribuyan al conocimiento y a la formación de un capital intelectual para el país. Nuestra historia ha sido fragmentada por golpes de estado, etc., que ustedes bien conocen y que han interrumpido muchas iniciativas.

Muchas iniciativas han fracasado; se han iniciado, interrumpido, etc. La primera iniciativa que yo quisiera mencionar sería ésta porque ustedes con

* La Entrevista al Dr. Gregorio Weinberg se realizó el 1 de junio de 2004, en el marco de la Tercera Muestra Nacional de Filosofía, organizada por el Ciclo Básico Común de la Universidad de Buenos Aires y coordinada por la Asociación Olimpíada Argentina de Filosofía.

** Profesora de Filosofía. <aliciasegal@yahoo.com.ar>

seguridad no la conocen: publicamos con el Dr. Manuel Sadosky (que fue Decano de la Facultad de Ciencias Exactas de la Universidad de Buenos Aires) una colección que se llamó “Tratados fundamentales” desde el año 1946 en adelante, en la cual tratamos de publicar los clásicos (a nuestro juicio), los más importantes, para recuperar la racionalidad, el optimismo y las ideas democráticas bastante nubladas en los años de posguerra. No olvidemos el momento que se estaba atravesando. La Argentina, como todos los países de América Latina, había interrumpido todos sus vínculos con Europa, nuestros proveedores de libros y también de ideas sobre todo de España y Francia y, en menor escala, de Estados Unidos.

Entonces se produce lo que los economistas después llamaron un “proceso de sustitución de importaciones”. Hubo un grupo de gente advertida, empresarios, que compraron las necesidades que exigía un pueblo, que la Universidad funcionaba y que no había libros. Se empezaron a publicar paulatinamente libros: algunas de esas empresas llevaban el nombre de sus promotores, como el caso de Losada, por ejemplo y, en otros casos, editoriales artesanales como aquella a la cual estuve yo vinculado que es la editorial Lautaro.

En la editorial Lautaro nos propusimos publicar una colección; ya les he dicho que se llamaba “Tratados fundamentales”. Yo les voy a leer algunos títulos nada más. Si quieren aclaración de por qué se publicó ese libro con todo gusto la daría. El primer libro que apareció fue *La mentalidad primitiva*, de Lucien Lévy-Bruhl. Fue en su momento –que dicho sea de paso estuvo en la Argentina en la década del 20– muy discutido. Fue un libro muy discutido sobre todo por la palabra “primitiva”; parecía una palabra peyorativa y casi todos los estudios en torno a Lévy-Bruhl insisten mucho en ese carácter por un lado y, por otro lado, en que él no hubiera hecho trabajo de campo sino que hubiese utilizado como fuente casi siempre las fuentes de los misioneros.

Pero a mí me interesó otra cosa de Lévy-Bruhl. Lévy-Bruhl pretende y yo lo comparto, que las categorías (nuestras categorías) son históricas. Es decir, la historicidad de las categorías de tiempo, espacio, causalidad, etc. Se dan cuenta ustedes que esto es bastante significativo y también las categorías gramaticales, no sé si queda claro.

Nosotros estamos utilizando, por ejemplo, la categoría de singular y plural. ¿Parece natural, no es cierto? No es natural porque Lévy-Bruhl, utilizando las

fuentes adecuadas, demuestra que hubo un singular, un dual, un trial y un *proto griego* hasta un cuatrial. Después hubo un proceso de simplificación, de abstracción y hemos llegado al plural. Vale decir que hay un singular y un plural, pero el plural no es natural sino que es producto de una compactación (o como ustedes quieran llamarlo) de diferentes niveles. No sé si esto queda claro.

Da ejemplos de otra índole. Según sostiene él, en las tribus de Mauritania no existe la palabra camello pero existen palabras para decir camello macho, camello hembra, camello de trote, camello de carrera, camello de carga, etc, etc. No han llegado al grado de abstracción que les permita elaborar la palabra camello. Otro tanto, dice él, los países donde los dátiles constituyen un buen alimento, en aquella época la palabra dátiles no existía. Existían decenas de palabras para expresar cada una de las especies o género de ese producto vegetal. ¿Queda esto claro?

El segundo libro se llamó *Las etapas de la filosofía matemática* de León Brunschvicg. El tercer libro fue *Averroes y el averroísmo* que fue un pensador árabe de primera importancia y que tiene transcripciones muy valiosas de escritos de aquella época. Les advierto algo que no consta en el libro por modestia de la autora: el latín medieval fue traducido por María Rosa Lida que no quiso, de ninguna manera, figurar. Vale decir que es una traducción impecable.

Publicamos *El sistema en la naturaleza* que es uno de los grandes libros de la Ilustración. Publicamos la *Historia general de la Naturaleza y teoría del cielo* de Kant. Publicamos el *Tratado teológico-político* de Spinoza, que es uno de los libros más importantes de la historia de las ideas políticas. Publicamos *Cuestiones fundamentales de antropología cultural* de Franz Boas; que en aquel momento era uno de los grandes antropólogos del mundo pero que no había llegado a nuestra Universidad donde predominaban concepciones racistas y excluyentes. Publicamos, también, *Las funciones mentales de las sociedades inferiores*, de Lévy-Bruhl; *La docta ignorancia*, de Nicolás de Cusa; un libro muy importante, tan importante que Cassirer, en su libro *El problema del conocimiento*, lo toma como punto de partida del pensamiento moderno. El último libro que alcanzamos a publicar fue las *Cartas filosóficas* de Voltaire, que son sumamente importantes porque introducen todo el pensamiento inglés; la rivalidad entre Inglaterra y Francia, por ejemplo los franceses se negaban a aceptar la física de Newton; seguían

siendo cartesianos a pesar de todo. Voltaire publicó un libro y su amante tradujo a Newton. Hasta ahí se publicó. Teníamos proyectado la *Ciencia de la lógica* de Hegel; que yo después de muchos años tuve la suerte de publicarla en traducción de Rodolfo Mondolfo. Tiene toda una historia de veinte años.

Las formas elementales de la vida religiosa, de Durkheim; que lo traduje yo personalmente y que en un allanamiento la policía se lo llevó. Espero que les haya servido para hacer alguna 'tarea' espiritual, ¿no es cierto?

Teníamos también preparado el *Ensayo sobre el entendimiento humano*, de Locke, que coincidió con la publicación casi simultánea con Sudamericana; el *Tratado de las sensaciones*, de Condillac, que yo también traduje, pero eso llegó al público editado por Eudeba porque la editorial Lautaro ya había desaparecido. *Obras filosóficas*, de Diderot; *Los principios de geología*, de Lyell estaba en preparación; y *Discursos sobre las ciencias y las artes* y *Sobre los orígenes y fundamentos de la desigualdad entre los hombres*, de Rousseau. Por último, *El químico escéptico* de Boyle.

Como ustedes ven era un plan bastante ambicioso. Ahora es interesante registrar algunos hechos desde el punto de vista cultural. Fijense que estos libros tenían una tirada de 3000 ejemplares. Y se vendieron. Se vendían inmediatamente, desaparecían. Ahora, desde hace décadas, estos libros no se encuentran entre los libros viejos. Quiero decir que había una receptividad e interés por parte de los estudiantes de América Latina notable, que hoy no se advierte quizás por culpa, también, de los desdichados apuntes.

A.S.: –A propósito, esto es lo que usted hizo publicar. Usted hizo publicaciones, ¿coinciden con esta línea?, ¿tiene que ver con el concepto de masa crítica?

G.W.: –Por supuesto que tiene que ver. Uno de los propósitos era que se fuera constituyendo una masa crítica de conocimientos. En nuestro país no había actividad práctica; prácticamente no había actividad editorial, apenas se publicaban algunos textos, casi no había libros de filosofía.

Durante ese lapso, más o menos brillante, aparecieron y contribuyeron a formar una masa crítica en materia filosófica, fundamentalmente colecciones que dirigieron los maestros Francisco Romero y Eugenio Pucciarelli.

Después la otra aventura que yo emprendí fue, con colaboración, la publicación de los Penguin, como dicen en inglés. No sé si ustedes tienen una idea de la importancia que en lengua inglesa tienen los Penguin hasta ahora. Tienen millares de libros publicados.

Nosotros alcanzamos a constituir un pequeño comité el cual logré integrar. Estaba constituido por María Rosa Oliver y Don Pedro Henríquez Ureña. Publicamos libros como un *Diccionario de ciencias*, del año 47. Yo no sé si se ha publicado otro diccionario de ciencias. *Arte primitivo*, *Una breve historia de literatura inglesa*, etc, etc.

Es decir, éstos perseguían el propósito mucho más de divulgación. Perseguían el propósito de formar una masa crítica de conocimientos, de espíritu crítico, etc.

Después, desdichadamente, las circunstancias me obligaron a alejarme del país (o me alejaron del país). Yo estaba redactando mi renuncia cuando tocó el cartero el timbre de mi casa y recibí un telegrama que decía “Aceptamos su renuncia. Rechazamos sus fundamentos”. Yo todavía no la había mandado.

Estuve diez años en Chile, trabajando en Naciones Unidas. Y después de lo cual estoy muy orgulloso, es esta otra colección que se llamó, inicialmente “El pasado argentino” que se llegó a publicar y se continúa publicando con más de 120 títulos; con los cuales uno de sus propósitos era mostrar la heterogeneidad del país, por un lado y, por otro lado, tratar de contribuir no sólo a su conocimiento sino a rescatar autores olvidados, rescatar temas olvidados, buscar temas que no hayan sido tratados, por ejemplo, la historia del trigo, la historia de la industria, la historia de la ciudad de Buenos Aires con criterio moderno, etc, etc. También rescatar los testimonios más valiosos de las provincias, como el caso de Ricardo Rojas, Fontana, etc.

Todo eso tenía un propósito, una suerte de filosofía si ustedes quieren, que era para conseguir, contrariando los prejuicios, contrariando todas las dificultades, ir inculcando, en la medida de lo posible, libros que contribuyan a la formación intelectual y a la formación espiritual de los argentinos.

Yo creo que éste es precisamente el premio que me llevo; porque esta colección lleva publicado en forma intermitente debido a las fracturas políticas,

etc., registradas en el país y no hace falta insistir en cuáles son. Se publicaron y se continúa publicando. Un esfuerzo que sirve, también, para integrar el país. Y la gente no entendía; tiene una visión particular. A mi no me gusta caer en lo anecdótico pero puedo decir, por ejemplo, que publiqué un libro que se llamaba *El sainete criollo*. Fue la primera vez que *El sainete...* se publicó en forma de libro. Siempre circulaba en esos folletitos. Lo publiqué con muchas dificultades y uno de los profesores de la Facultad me dijo “¿cómo publicás eso en una colección donde están Sarmiento, Mansilla, Alberdi...?” Y yo le dije, “bueno, discúlpeme, pero yo creo que *El sainete* es un testimonio de la sociabilidad de la época, del lenguaje de la época, de las costumbres de la época y alguno de esos sainetes, prácticamente, yo al leerlos veo, casi, un ballet. *El velorio del angelito* me pareció que era transformable, verdaderamente, en un ballet”.

He publicado en materia de filosofía, para terminar, –de las cosas más ambiciosas que yo he publicado– *Ciencia griega*, de Farrington; un libro de valor superlativo. Publiqué, me di el gusto, la *Ciencia de la lógica* traducida por Mondolfo.

Publiqué la *Historia de la Filosofía*, de Paolo Lamanna; en sus seis tomos. Bibliografía hecha a pulmón por mí; cada uno de los tomos tiene su bibliografía. Respetamos la bibliografía italiana, respetamos la bibliografía de los títulos originales y se pusieron todas las traducciones. Prácticamente creo que es una guía inapreciable para poder ver hasta dónde se había publicado y algunos descubrimientos muy notables; por ejemplo, cuán tarde o cuán temprano se habían publicado cuáles o tales autores.

Después de eso publiqué también la segunda edición del *Vocabulario*, de Lalande. No sé si ustedes lo utilizan. El Diccionario de André Lalande...; este libro trae para mí recuerdos de índole sentimental. Cuando me echaron de la Universidad, me llamó Don Pedro García, del Ateneo, y me dijo “propóngame usted un título cualquiera para traducir y se va ganando la vida mientras tanto”. Ese libro lo hicimos con el profesor Caletti; es un libro importante, hoy inhallable. Es el *Vocabulario filosófico*, de Lalande.

Bueno, además de eso (dejando de lado mis actividades) quisiera señalarle porque me parece que me excedo en el tiempo, la importancia que tuvo también para la formación del país, la publicación de muchos libros científicos.

La Argentina tuvo un prestigio en predicamento de libros científicos sobresalientes en todo el continente. Particularmente en medicina y en matemáticas. En toda América Latina se estudiaba la Fisiología, de Bernardo Houssay. En toda América Latina se estudiaba la Traumatología, de Otamendi. En toda América Latina se estudiaba la Pediatría, de Garrahan. Así podría seguirles enumerando.

Y todo eso se ha perdido. Yo me he encontrado con gente que ocupa altos puestos en los gobiernos y que me han dicho “ah sí, yo estudié con la Fisiología de Houssay”; “yo leía *El Gráfico*” (por ejemplo). Estamos bajando de categoría. Leían todas las publicaciones nuestras. Es un problema interesante de la historia de la cultura ver qué ha pasado en esos vaivenes y ver por qué la Argentina ha perdido peso específico con sus libros y, además, el hecho de que no hay inversiones en las zonas grandes de consulta.

En aquella época se publicaron diccionarios, se publicaron atlas, se publicaron enciclopedias. Hoy estamos publicando *best sellers*. Creo que esto es un indicador del cambio de mentalidad del país.

A.S.: –Usted recién acaba de mencionar la palabra cultura. ¿Qué entiende usted por cultura, Doctor?

G.W.: –Si usted me permite yo, para no hacer demasiado extensa las reflexiones, escribí anoche unas páginas que quieren ser una respuesta a las deplorables e inoportunas declaraciones del Secretario de Cultura de la Nación, Torcuato Di Tella. Perdón, no son inoportunas, quizás sean oportunas, si es que suscitan un debate sobre qué es cultura.

Todos ustedes sabrán o habrán visto las declaraciones de Di Tella; habrán visto los pequeños incidentes que se han producido en la radio, en Canal 7 de Televisión, todos ustedes estarán enterados de lo que pasó en la Biblioteca Nacional; todos ustedes están enterados de lo que pasó con el Fondo de las Artes.

Yo creo que, en ese sentido, pasamos un mal momento y creo que vale la pena iniciar un debate en el país que nunca se ha dado con respecto al tema de qué es cultura, su significación, su alcance, sus proyecciones, etc.

Lectura de unas palabras por el Dr. Gregorio Weinberg

La sociedad latinoamericana general ha demostrado una actitud francamente preocupante. Carece de una clara conciencia de la sobresaliente importancia que posee o, mejor dicho que deben poseer, tanto la cultura como la educación, como así también el papel de la ciencia y la técnica, tanto en el desenvolvimiento de la sociedad como en la conformación de una cosmovisión más actualizada en este momento inédito y desafiante que nos toca vivir.

Estamos viviendo una situación un poco esquizofrénica. Estamos hablando, vamos a la sociedad del conocimiento, y el Secretario de Cultura de la Nación utiliza las palabras despectivas que ha utilizado con respecto a la cultura y esto me recuerda a las palabras de Domingo Cavallo cuando mandó a una eminente científica argentina a lavar los platos. Yo creo que esto es exactamente lo mismo.

Mientras perdura esta concepción decimonónica; es decir, elitista y minoritaria y, por lo tanto, ajena o poco significativa para las actividades de toda la sociedad, podrá entenderse mas no justificarse el espontaneísmo de su conducción; como si la cultura no requiriese criterios orgánicos y planteamientos a largo plazo objetivos, democráticos, compartidos y no debiese movilizar recursos parangonables, quizás, por su magnitud con otros sectores de la producción y de los servicios públicos. Tampoco privilegiados por lo que vemos en estos últimos años.

Es decir, me preocupa que se hable tanto (no sé si ustedes lo recuerdan, son muy jóvenes, a "Piolín de Macramé", pseudónimo de Florencio Escardó, quien decía "Oh la maestra, Oh la vaca, Oh la filosofía". Lo describía con sentido del humor).

Ahora bien, cuando a veces se habla de inversiones en materia de cultura como exteriorización de una política determinada, lo que convengamos es hartito y frecuente, tenemos la impresión de que no todos están convencidos suficientemente del carácter prioritario que debe asignársele. Y que no se trata, reiteramos, de una actividad suntuaria y por ello diferible. La cultura no es suntuaria ni es diferible. Tampoco se persigue una coordinación mínima entre el Estado, en todas sus jurisdicciones, las Universidades, el sector privado. El aporte de este último suele caracterizarse por su índole esporádica.

Peor aún, nos estamos quedando cortos. Casi siempre nos dejamos enredar. Las más de las veces inadvertidamente, en actitud harto-convencional. En el sentido de subordinar la cultura y la educación al desarrollo económico, como si aquellos dependieran de éste y por acción residual. Como si fuese factible estimular el impulso cultural adaptándolo a las disponibilidades de recursos y a sus objetivos.

El desarrollo económico, sin contrapeso, puede llegar a deteriorar seriamente las condiciones de vida: a desequilibrar el hábitat, a destruir el paisaje físico y humano, contaminar el medio ambiente. Aquí los ejemplos son prescindibles por suficientemente conocidos.

De todos modos digamos que en numerosos casos aquellos rasgos son más o menos dramáticos en nuestras grandes megalópolis. Un crecimiento económico intenso o un grave estancamiento implican modificar los estilos de vida que afectan a todos los hombres que son sus protagonistas. Una política cultural que la incentive y distribuya con acierto y espíritu pluralista y democrático podrá servir, también, para aliviar tensiones, frustraciones y preocupaciones muchas veces legítimas. Y esto es especialmente importante para la salud de toda civilización conmovida. En particular la de nuestras ciudades, con un crecimiento inorgánico que pone de relieve una sociedad escindida cuando no al borde de la anomia.

Hace ya más de una década, la revista francesa *Sprit*, llamaba la atención sobre los peligros de convertir al pueblo en público, al habitante en usuario, al ciudadano en consumidor, y al trabajador en instrumento.

Pero vayamos más lejos aún: una cosa es el crecimiento cuantitativo y otra muy diferente es el desarrollo. Para que haya desarrollo efectivo debe haber participación y aquí se torna oportuno interrogarnos si puede haber participación sin cultura; sin una cultura crítica y creadora, capaz de imprimirle un sentido a los procesos, que de otro modo quedarían fatalmente condenados.

Postergar el desarrollo cultural es comprometer al desarrollo económico. Y esto no lo entienden las clases dirigentes. Comprometer el desarrollo cultural es impedir, dificultar, trabar el desarrollo económico.

Una de las características actuales de esa fase en nuestro país, nos conduce a pasos agigantados a marginar y a excluir a sectores cada vez más numerosos de la población y cualquier estudio sobre la sociedad rural, urbana, contemporánea, así lo corrobora.

Por otro lado, sucede con la cultura algo semejante a lo que sucedió con la educación. Antes de haberse hecho efectiva la educación como un derecho, antes de haberse universalizado en la práctica, comenzó a considerársela como una necesidad social o individual, que urge satisfacer cuanto antes y del mejor modo posible. Y con la cultura acontece algo semejante. Es hartamente reciente su reconocimiento como un derecho por parte de las legislaciones nacionales y de los acuerdos internacionales. Y antes de haberse satisfecho el infundado carácter ornamental de la cultura que eludimos en forma típica precisamente por sus limitaciones intrínsecas, es un resabio de tiempos que nos conducen al desafío intelectual de abordar las culturas como algo definitivamente sustantivo, con una densidad cada vez menos postergable. Por eso corresponde considerarla con un sentido abarcador, antropológico y no restringido a sólo ciertas manifestaciones artísticas y literarias.

Si el objetivo de la cultura debe ser, en última instancia, “dar sentido al mundo que nos rodea” frente a los dramáticos desafíos de los fenómenos contemporáneos: urbanización, industrialización, deterioro del medio ambiente, modificaciones en el ritmo de la existencia, alteraciones de la tabla de valores en las modalidades del quehacer cotidiano, etc., una de las funciones de la cultura es, precisamente, preservar y enriquecer aquella facultad de otorgar sentido a nuestro entorno, resguardar al hombre de la intemperie que hoy lo amenaza más dentro de una comunidad campesina o dentro de la ciudad, que antes parecía protegerlo.

Estamos hablando del hombre concreto, no de las abstracciones idealizadoras y empobrecedoras, rescatándolo de los riesgos y de los escollos de la alienación, el desarraigo, de las ansiedades, de la angustia (que es una de las manifestaciones más visibles y conocidas de esta situación planetaria en la que estamos sumergidos) y que en la sociedad sacudida, más que condiciones para vivir, parecen plantearse prácticamente desafíos para sobrevivir.

Pero demos un paso más en el razonamiento: la cultura debería ofrecer continuidad y, de algún modo –como se ha dicho– estabilidad a las sociedades en enérgico proceso de modificación. La cultura tiene un papel muy importante en este sentido. Por eso compete a la cultura la función integradora, para favorecer la inserción del hombre en el nuevo tejido social que, sin sobresaltos, se está formando a su alrededor, y cuyas claves casi siempre desconoce.

La cultura tiene una trascendente función integradora de la sociedad aunque el amigo Torcuato Di Tella lo desconozca. No es preciso alegar dotes de visionario o de futurólogo, profesiones un tanto desacreditadas actualmente y con razón, para conjeturar que la sociedad del siglo XXI es aquella en donde quizás sobreviviremos algunos de nosotros pero una sociedad en la que puedan vivir nuestros hijos y nietos. Tendrá modalidades de vida, de ritmo y de existencia cualitativamente diferentes de los nuestros.

Néstor García Canclini, una autoridad en la materia, al estudiar las políticas culturales, paradigmas agentes y modos de organización, señala con toda lucidez los distintos signos de esas políticas y subraya la necesidad de insistir mucho más sobre la participación en el proceso de producir que en el consumo del producto. Propuesta que implica una modificación sensible a la perspectiva normalmente admitida, y establece una diferente jerarquía. Primero, producir; luego, circular y, por último, reproducir.

Hasta aquí nuestro propósito ha sido una elaboración conceptual, somera, por cierto, para explicar por qué importa tanto la cultura, su significado social y político, para favorecer o ayudar a renovar las estructuras o las instituciones en épocas de transición. Por qué interesa, también, tan directamente al desarrollo económico, al fortalecimiento de la personalidad de los países; por qué la cultura debe considerarse como una inversión tan legítima como cualquier otra y por qué más que un derecho, constituye una necesidad esencial para la democratización de la sociedad.

Sin abundar en más 'por qué', esperamos que haya quedado claro en qué sentido entendemos la cultura enunciada en un sentido amplio y actualizado. De este modo podrá eludirse las confusiones y contradicciones conceptuales en que se incurre cuando se aborda el papel de los medios de comunicación de masa; porque uno de los argumentos más especiosos y difundidos consiste en sostener la peregrina tesis de que la televisión y la radiofonía, al servicio de la cultura, constituye una actitud elitista; vale decir, se cierran las puertas a las expectativas de rescatarlos de la frivolidad y de la trivialización.

Claro está que es elitista cuando se persiste en mantener prejuiciosas ideas sobre la cultura válida apenas pasada de las primeras centurias, modernizándola sólo superficialmente para ponerla al servicio de la sociedad de consumo y

sus ilegítimos valores; o supeditándolos a concepciones que juzgamos antidemocráticas o no participativas.

Si, en cambio, la definimos en el sentido que arriba postulamos, advertiremos que es lógica y natural, además de necesaria; que los medios de comunicación de masa se pongan, por sobre todo, al servicio de la cultura en su acepción amplia. Criterio que en modo alguno excluye el entretenimiento, el espectáculo y el deporte. Si así uno no lo hiciera, se estaría cometiendo un enorme daño a nuestras ansiedades.

Bueno, voy a poner fin a esto porque se me fue la mano, un poco...

A.S.: -Nos cabe solamente un enorme agradecimiento al Dr. Weinberg, merecedor de un aplauso de todos los presentes. Gracias.